

III. LA NECESIDAD DE HOMBRES DE ORACIÓN

«Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos» (Efesios 6:18).

«Orando también al mismo tiempo por nosotros, para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo, por el cual también estoy preso, para que lo manifieste como debo hablar» (Colosenses 4:3, 4).

Una de las cosas clamorosas de nuestro día es tener hombres cuya fe, oraciones y estudio de la Palabra de Dios hayan sido vitalizados, y un trasunto de esa Palabra esté escrito en sus corazones, y que la den a conocer como la semilla incorruptible que vive y permanece para siempre. Nada más se necesita para disipar la neblina con la que una incredulidad crítica ha eclipsado la Palabra de Dios que la fidelidad del púlpito en su inquebrantable lealtad a la Biblia y la proclamación intrépida de su verdad. Sin esto, el abanderado fracasa, y la vacilación y la confusión siguen a lo largo de todas las filas. El púlpito ha realizado su obra más poderosa en los días de su lealtad inquebrantable a la Palabra de Dios.

En estrecha relación con esto, debemos tener hombres de oración, hombres en altos y bajos lugares que se aferren y practiquen la oración bíblica. Si bien el púlpito debe mantener su lealtad inquebrantable a la Palabra de Dios, debe, al mismo tiempo, ser leal a la doctrina de la oración que esa misma Palabra ilustra e impone a la humanidad.

Las escuelas, los colegios y la educación considerados simplemente como tales no pueden ser vistos como líderes en llevar adelante la obra del reino de Dios en el mundo. No tienen ni el derecho, ni la voluntad, ni el poder para hacer la obra. Esto ha de ser cumplido por la Palabra predicada, entregada en el poder del Espíritu Santo enviado del cielo, sembrada con manos orantes y regada con las

lágrimas de corazones que oran. Esta es la ley divina, y así está «estipulada en el contrato». Estamos atados y sellados a ella; seguiríamos al Señor.

Se demandan hombres para la gran obra de salvar almas, y los hombres deben ir. No es una fuerza angélica o impersonal la que se necesita. Corazones humanos bautizados con el espíritu de oración deben llevar la carga de este mensaje, y lenguas humanas encendidas como resultado de una oración ferviente y persistente deben declarar la Palabra de Dios a los hombres moribundos.

La Iglesia, hoy, necesita hombres de oración para ejecutar su solemne y apremiante responsabilidad de enfrentar la terrible crisis que la encara. La necesidad clamorosa de los tiempos es tener hombres, en número creciente: hombres temerosos de Dios, hombres de oración, hombres del Espíritu Santo, hombres que puedan soportar las dificultades, que no estimen sus vidas como preciosas para sí mismos, sino que consideren todas las cosas como escoria por la excelencia del conocimiento de Jesucristo, el Salvador. Los hombres que son tan grandemente necesarios en esta era de la Iglesia son aquellos que han aprendido el oficio de orar: lo han aprendido de rodillas, lo han aprendido en la necesidad y la agonía de sus propios corazones.

Los hombres de oración son la necesidad imperiosa de este día, como de todos los demás días, en los que Dios ha de tener o hacer una manifestación. Los hombres que oran son, en realidad, los únicos hombres religiosos, y se requiere un hombre de plena medida para orar. Los hombres de oración son los únicos hombres que representan o pueden representar a Dios en este mundo. Ningún hombre frío, irreligioso y sin oración puede reclamar ese derecho. Ellos representan mal a Dios en toda Su obra y en todos Sus planes. Los hombres de oración son los únicos hombres que tienen influencia con Dios, el único tipo de hombres a quienes Dios se confía a Sí mismo y a Su Evangelio. Los hombres de oración son los únicos hombres en quienes el Espíritu Santo mora, pues el Espíritu Santo y la oración van de la mano. El Espíritu Santo nunca desciende sobre hombres que no oran. Nunca los llena, nunca los capacita. No hay nada en absoluto en común entre el Espíritu de Dios y los hombres que no oran. El Espíritu mora solo en una atmósfera de oración.

En la realización de la obra de Dios no hay sustituto para la oración. Los hombres de oración no pueden ser reemplazados por otros tipos de hombres. Hombres de habilidad financiera, hombres de educación, hombres de influencia mundana: ninguno de estos puede posiblemente ser puesto en sustitución de los hombres de oración. La vida, el vigor, la fuerza motriz de la obra de Dios está formada por hombres de oración. Un corazón vitalmente enfermo no es un síntoma más temible de la muerte inminente de lo que los hombres que no oran lo son de la atrofia espiritual.

Los hombres a quienes Jesucristo confió las fortunas y el destino de Su Iglesia eran hombres de oración. A ningún otro tipo de hombres se ha confiado Dios jamás en este mundo. Los Apóstoles fueron preeminentemente hombres de oración. Se entregaron a la oración. Hicieron de la oración su ocupación principal. Fue primera en punto de importancia y primera en resultados. Dios nunca ha confiado, y nunca confiará, los importantes intereses de Su reino a hombres que no oran, que no hacen de la oración un factor conspicuo y controlador en sus vidas. Los hombres nunca alcanzan ninguna eminencia de piedad si no oran. Los hombres de piedad son siempre hombres de oración. Los hombres nunca son notables por la sencillez y la fuerza de su fe si no son preeminentemente hombres de oración. La piedad no florece en ningún lugar tan rápida y tan lozanamente como en el aposento secreto. El aposento secreto es el jardín de la fe.

Los Apóstoles no permitieron que ningún deber, por sagrado que fuera, los ocupara tanto como para invadir su tiempo e impedirles hacer de la oración lo principal. La Palabra de Dios fue ministrada con fidelidad y celo apostólicos. Fue hablada por hombres con comisiones apostólicas y cuyas cabezas las lenguas de fuego de Pentecostés habían bautizado. La Palabra era sin filo y sin poder a menos que fueran renovadamente investidos de poder mediante la oración continua y poderosa. La semilla de la Palabra de Dios debe ser saturada en oración para hacerla germinar. Crece más dispuesta y echa raíces más profundas cuando está empapada de oración.

Los Apóstoles eran ellos mismos hombres de oración. Eran maestros de oración, y entrenaron a sus discípulos en la escuela de la oración. Instaron la oración a sus discípulos no solo para que pudieran alcanzar la más alta eminencia de fe, sino para que pudieran ser los factores más poderosos en el avance del reino de Dios.

Jesucristo fue el líder divinamente designado del pueblo de Dios, y ninguna cosa en Su vida prueba Su eminente idoneidad para ese oficio tan plenamente como Su hábito de oración. Nada sugiere más pensamiento que la continua oración de Cristo, y nada es más conspicuo en Él que la oración. Sus campañas fueron organizadas, Sus victorias ganadas, en las luchas y la comunión de Su oración de toda la noche. Su oración rasgó los cielos. Moisés y Elías y la gloria de la Transfiguración esperaron en Su oración. Sus milagros y Su enseñanza tuvieron su fuerza de la misma fuente. La oración del Getsemaní tiñó de carmesí el Calvario con serenidad y gloria. Su oración hace la historia y acelera los triunfos de Su Iglesia. ¡Qué inspiración y mandato a la oración es la vida de Cristo! ¡Qué comentario sobre su valor! ¡Cómo avergüenza nuestras vidas por Su oración!

Como todos Sus seguidores que han acercado a Dios al mundo y han elevado el mundo más cerca de Dios, Jesús fue el hombre de oración, hecho por Dios líder y comandante para Su pueblo. Su liderazgo fue un liderazgo de oración. Un gran líder fue Él, porque fue grande en la oración. Todos los grandes líderes para Dios han forjado su liderazgo en las luchas de sus aposentos secretos. Muchos grandes hombres han guiado y moldeado la Iglesia que no han sido grandes en la oración, pero fueron grandes solo en sus planes, grandes por sus opiniones, grandes por su organización, grandes por dones naturales, por la fuerza del genio o del carácter. Sin embargo, no fueron grandes para Dios. Pero Jesucristo fue un gran líder para Dios. Suyo fue el gran liderazgo de la gran oración. Dios estaba en Su liderazgo en gran manera porque la oración estaba en él en gran manera. Bien podríamos expresar el deseo de que seamos enseñados por Él a orar, y a orar más y más.

Aquí ha estado el secreto de los hombres de oración en la historia pasada de la Iglesia. Sus corazones iban tras Dios, sus deseos estaban en Él, sus oraciones se dirigían a Él. Comunaban con Él, no buscaban nada del mundo, buscaban grandes cosas de Dios, luchaban con Él, conquistaban todas las fuerzas opuestas y abrían el canal de la fe, profundo y amplio, entre ellos y el cielo. Y todo esto se hacía mediante el uso de la oración. Santas meditaciones, deseos espirituales, atracciones celestiales, dominaban sus intelectos, enriquecían sus emociones y llenaban y agrandaban sus corazones. Y todo esto era así porque eran primero que todo hombres de oración.

Los hombres que así han comunado con Dios y que lo han buscado con todo su corazón, siempre han ascendido a una eminencia consagrada, y ningún hombre ha ascendido jamás a esta eminencia cuyas llamas de santo deseo no hayan estado todas muertas al mundo y totalmente encendidas por Dios y el cielo. Ni han ascendido jamás a las alturas de las experiencias espirituales superiores a menos que la oración y el espíritu de oración hayan sido factores conspicuos y controladores en sus vidas.

La entera consagración de muchos de los hijos de Dios se destaca distintamente como picos de montañas elevadas. ¿Por qué es esto? ¿Cómo ascendieron a estas alturas? ¿Qué los trajo tan cerca de Dios? ¿Qué los hizo tan semejantes a Cristo? La respuesta es fácil: la oración. Oraron mucho, oraron largamente y bebieron más y más profundamente aún. Pidieron, buscaron y llamaron, hasta que el cielo les abrió sus más ricos tesoros interiores de gracia. La oración fue la Escalera de Jacob por la cual escalaron esas santas y benditas alturas, y el camino por el cual los ángeles de Dios descendieron y les ministraron.

Los hombres de molde y poder espiritual siempre valoran la oración. Tomaban tiempo para estar a solas con Dios. Su oración no era una actuación apresurada. Tenían muchas necesidades serias que aliviar y muchas peticiones de peso que presentar. Muchos grandes suministros debían asegurar. Tenían que hacer mucha espera silenciosa delante de Dios, y mucha repetición y reiteración paciente que expresarle. La oración era el único canal por el cual venían los

suministros, y era el único modo de expresar peticiones. La única espera aceptable delante de Dios que conocían era la oración. Valoraban la oración. Era para ellos más preciosa que todas las joyas, más excelente que cualquier bien, más digna de estima que el mayor bien de la tierra. La estimaban, la valoraban, la apreciaban y la practicaban. La llevaban hasta sus límites más lejanos, probaban sus mayores resultados y aseguraban su más gloriosa herencia. Para ellos la oración era la única gran cosa que debía apreciarse y usarse.

Los Apóstoles, por encima de todo, eran hombres de oración, y dejaron la impronta de su ejemplo y enseñanza sobre la oración en la Iglesia primitiva. Pero los Apóstoles han muerto, y los tiempos y los hombres han cambiado. No tienen sucesores por vinculación oficial ni por herencia. Y los tiempos no tienen comisión para hacer otros apóstoles. La oración es el vínculo del liderazgo espiritual y apostólico. Desafortunadamente los tiempos no son tiempos de oración. La causa de Dios justamente ahora necesita grandemente líderes que oren. Otras cosas pueden ser necesarias, pero por encima de todo esto es la demanda clamorosa de estos tiempos y la urgente primera necesidad de la Iglesia.

Este es el día de gran riqueza en la Iglesia y de maravillosos recursos materiales. Pero desafortunadamente la abundancia de recursos materiales es un gran enemigo y un severo obstáculo para las fuertes fuerzas espirituales. Es una ley invariable que la presencia de fuerzas materiales atractivas y potentes crea una confianza en ellas, y por la misma ley inevitable, crea desconfianza en las fuerzas espirituales del Evangelio. Son dos amos que no pueden ser servidos al mismo tiempo. Pues justamente en la proporción en que la mente se fija en uno, será apartada del otro. Los días de gran prosperidad financiera en la Iglesia no han sido días de gran prosperidad religiosa. Los hombres adinerados y los hombres de oración no son términos sinónimos.

Pablo en 1 Tim. 2, enfatiza la necesidad de que los hombres oren. Los líderes de la Iglesia, en su estimación, deben ser conspicuos por su oración. La oración debería y debe por necesidad formar sus caracteres, y debe ser una de sus características distintivas. La oración debería ser uno de sus elementos más

poderosos, tanto así que no pueda ser ocultada. La oración debería hacer notables a los líderes de la Iglesia. El carácter, el deber oficial, la reputación y la vida, todo debería ser formado por la oración. Las poderosas fuerzas de la oración residen en sus líderes que oran de una manera señalada. La obligación permanente de orar recae en un sentido peculiar sobre los líderes de la Iglesia. Sabia será la Iglesia al descubrir esta verdad primordial y darle prominencia.

Puede establecerse como axioma, que Dios necesita, primero que todo, líderes en la Iglesia que sean primeros en la oración, hombres con quienes la oración sea habitual y característica, hombres que conozcan la primacía de la oración. Pero aún más que un hábito de oración, y más que la oración sea característica de ellos, los líderes de la Iglesia deben estar impregnados de oración —hombres cuyas vidas sean hechas y moldeadas por la oración, cuyo corazón y vida estén compuestos de oración. Estos son los hombres —los únicos hombres— que Dios puede usar en el avance de Su reino y en la implantación de Su mensaje en los corazones de los hombres.